

EL HERMANO MAX THURIAN DOCTOR HONORIS CAUSA POR LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

I

BIOGRAFIA TEOLOGICA DE MAX THURIAN

Max Thurian, nacido en Ginebra el 16 de agosto de 1921, realizó en esta ciudad sus estudios clásicos y teológicos.

El 5 de enero de 1942 conoció a Roger Schutz, quien tenía la intención de fundar la Comunidad de Taizé. Se unió a él y comenzó enseguida, junto con un tercer hermano, esta vida de comunidad. A causa de la guerra, los primeros hermanos se vieron obligados a permanecer en Ginebra, durante dos años, celebrando sus oficios litúrgicos en la catedral de Saint Pierre. En octubre de 1944, llegaron finalmente a Taizé, donde pudieron llevar a cabo su vocación monástica. En la Pascua de 1949 (el 17 de abril) los siete primeros hermanos pronunciaron sus votos definitivos.

Interesado en la investigación teológica y litúrgica, Max Thurian comenzó desde el principio de su vida en Taizé, a establecer el texto del oficio diario en francés, *La louange des jours*, que tendrá gran influencia en la renovación litúrgica. Su primera obra, *Joie du ciel sur la terre* (1946), definía una teología totalmente centrada en la liturgia. Intentará una traducción del canon eucarístico romano y preparará el volumen *Eucharistie à Taizé*. Esta

especialización litúrgica en el ambiente contemplativo de Taizé, que marca los años cuarenta será la causa de su llamamiento a asistir al II Concilio Vaticano, invitado por Juan XXIII junto con el prior de Taizé como observadores. Durante las cuatro sesiones del Concilio, vivieron en Roma, con otros hermanos en un apartamento donde proseguían la vida monástica y recibían a numerosos obispos y teólogos. El hermano Max ha participado también como observador en los trabajos del Consilium, encargado tras el Vaticano II de la revisión de los libros litúrgicos romanos.

Max Thurian está convencido de que sólo a través de la oración y la celebración de los sacramentos, el mensaje y la acción de la Iglesia encuentran su armonía, que evita a la vez el dogmatismo y el pragmatismo.

A partir de 1949, Max Thurian se ocupará de la investigación teológica ecuménica en relación con el Consejo Ecuménico de las Iglesias (Comisión Fe y Constitución en Chichester). Participa en las grandes asambleas de Fe y Constitución. Ha participado en las asambleas ecuménicas de Lund (1952), Nueva Delhi (1961), Montreal (1963), Upsala (1968), Lovaina (1971) y Bangalora (1978). Está encargado de llevar a cabo los acuerdos teológicos sobre Bautismo, Eucaristía y Ministerio.

Con el prior de Taizé, Thurian fue recibido por el Patriarca Atenágoras, para establecer contacto entre la Ortodoxia y la Comunidad de Taizé.

Durante los años 50, ha profundizado en el estudio de la teología de los sacramentos. Escribió *La confession, Mariage et célibat* (1955), *La confirmation* (1957) y finalmente su gran obra *L'Eucharistie, mémorial du Seigneur, sacrifice d'action de grâce et d'intercession* (1959). Este libro pone de relieve la noción bíblica de memorial sacrificial que representará un importante papel tanto en la evolución de la comprensión mutua entre cristianos, como en la expresión litúrgica del sacrificio eucarístico tras el II Concilio Vaticano.

Con el prior de Taizé, desde 1949, ha realizado numerosos viajes a Roma donde han sido recibidos en varias audiencias por los Papas Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. En estos contactos con el Vaticano, exponen el trabajo ecuménico que domina la vocación de Taizé.

Durante los años 60, Max Thurian tendrá tres orientaciones principales: comentar el Concilio en una perspectiva ecuménica (*La parole vivante au Concilie, commentaire de Dei Verbum*, 1966), profundizar en la eclesiología (lo hará mediante su estudio sobre *Marie, Mère du Seigneur, figure de l'Eglise* (1962), responder a las necesidades pastorales con tres obras sobre espiritualidad: *L'homme moderne et la vie spirituelle* (1961), *L'essentiel de la foi, catéchisme oecuménique* (1964, 1966 revisado) y *La foi en crise* (1968).

A partir de 1970, en relación con el trabajo de Fe y Constitución relativo al consenso sobre el bautismo, la Eucaristía y el ministerio, va a interesarse especialmente por el sacerdocio ministerial en la Iglesia y por el problema de las relaciones entre la Escritura y la Tradición. Fruto de este interés serán dos libros importantes: *Sacerdote et ministère* (1970) y *Tradition et renouveau dans l'Esprit* (1977). Desde 1979, va a presidir la comisión de redacción final del llamado Documento de Lima o BEM, sobre las convergencias ecuménicas relativas al bautismo, la Eucaristía y el ministerio, tarea de Fe y Constitución, en la que ha trabajado desde 1967 (Comisión de Bristol). Su obra *Une seule eucharistie* (1972) es una contribución personal a esta labor ecuménica del BEM, lo mismo que el volumen que escribió con ocasión del congreso Eucarístico Internacional de Lourdes en 1981, *Le mystère de l'Eucharistie*.

El hermano Max Thurian es *doctor honoris causa* por la Universidad de Aberdeen (Escocia 1964), de la Facultad Pontificia de Italia Meridional en Nápoles (1981), de la Universidad de Friburgo (Suiza 1985), y ahora también de la Universidad Pontificia de Salamanca (España 1987).

Es uno de los fundadores del Grupo teológico de Dombes (Francia) y miembro de la Academia Internacional de Ciencias Religiosas. Desde los años sesenta es *Study Adviser* de la Comisión de Fe y Constitución del CEI (Ginebra).

II

BIBLIOGRAFIA DE MAX THURIAN

1. OBRAS

- Joie du ciel sur la terre*, Introduction á la vie liturgique (Neuchâtel-Paris 1946).
- La confession* (Neuchâtel-Paris 1953; Taizé 1977).
- Mariage et célibat* (Neuchâtel-Paris 1955; Taizé 1977). Trad. española: *Matrimonio y celibato* (Hechos y Dichos, Zaragoza 1966).
- La confirmation*, Consecration des laïcs (Neuchâtel-Paris 1957). Trad. española: *La confirmación y la confesión* (Barcelona 1969).
- L'eucharistie*, Mémorial du Seigneur, Sacrifice d'action de grâce et d'intercession (Neuchâtel-Paris 1959). Trad. española: *La Eucaristía* (Sigüeme, Salamanca 1966).
- L'unité visible des chrétiens et la tradition* (Taizé-Paris 1961). Trad. española: *La unidad visible de los cristianos y la tradición* (Barcelona 1965).
- L'homme moderne et la vie spirituelle* (Paris 1966; Taizé 1972). Trad. española: *El hombre moderno y la vida espiritual* (Estela, Barcelona 1966).
- Marie, Mère du Seigneur, figure de l'Eglise* (Taizé 1962). Trad. española: *María, Madre del Señor, figura de la Iglesia* (Hechos y Dichos, Zaragoza 1966).
- Amour et vérité se rencontrent*, Catéchisme oecuménique (Taizé 1964); ed. rev.: *L'essentiel de la foi* (Taizé 1966). Trad. española: *El amor y la verdad se encuentran* (Estela, Barcelona 1966).
- La parole vivante au Concile* (con Roger Schutz) (Taizé 1966). Trad. española: *La palabra viva del Concilio*. Texto y comentario de la Constitución sobre la Revelación (Studium, Madrid 1967).
- Le pain unique*. Simple réflexion sur l'eucharistie et le ministère (Taizé 1967).
- La foi en crise* (Taizé 1968). Trad. española: *La fe en crisis* (Sigüeme, Salamanca 1968).
- Sacerdoce et Ministère*. Recherche oecuménique (Taizé 1970).
- Une seule eucharistie* (Taizé 1972).
- Tradition et renouveau dans l'Esprit*. Aux sources de l'Eglise (Taizé 1977). Trad. española: *Renovación en el Espíritu* (Narcea, Madrid 1979).

Le mystère de l'eucharistie, Une approche oecuménique (Le Centurion-Les Presses de Taizé, Paris 1981).

2. ARTICULOS Y CONTRIBUCIONES DE MAX THURIAN

a) *En Verbum Caro*

- 'Développement du dogme et tradition selon le catholicisme moyen et la théologie réformée', 4, I (1947) 145-67.
- 'Communautés anglicanes', 10, III (1949) 82-87.
- 'La nouvelle messe de l'Assomption «Signum magnum»', 17, V (1951) 41-48.
- 'Le dogme de l'Assomption', 17, V (1951) 2-41.
- 'Postscriptum', 17, V (1951) 48-50.
- 'La vie liturgique', 19, V (1951) 128-41.
- 'Jésus-Christ, vrai Dieu et vrai homme: Le Concile de Chalcédoine et l'unité de l'Eglise', 22, VI (1952) 49-58.
- 'Jésus-Christ, vrai Dieu et vrai homme: (II) Les conséquences du dogme de Chalcédoine sur le plan du ministère de l'Eglise', 23, VI (1952) 107-116.
- 'L'abbé Couturier', 24, VI (1952) 101-64.
- 'Le Saint-Siège et le mouvement oecuménique', 24, VI (1952) 164-68.
- 'Pastorale liturgique: la célébration de la nuit pascale', 42, XI (1957) 127-53.
- 'Notes breves: Situation du sacerdoce universel et du ministère pastoral', 43, XI (1957) 262-68.
- 'Pastorale liturgique: la liturgie du baptême', 44, XI (1957) 349-68.
- 'Pastorale liturgique: le ministère de la guérison', 45, XIII (1958) 83-92.
- 'La souffrance dans le plan de Dieu', 46, XIII (1958) 116-37.
- 'Le mémorial des saints', 49, XIII (1959) 17-28.
- 'Conversion spirituelle et prière pour l'unité', 55, XIV (1960) 285-85.
- 'La tradition', 57, XV (1961) 49-98.
- 'L'unité visible des chrétiens', 57, XV (1961) 3-48.
- 'L'ordination des pasteurs', 58, XV (1961) 199-213.
- 'Après New-Delhi', 61, XVI (1962) 1-7.
- 'Joie au ciel, exulte la terre', 61, XVI (1962) 8-40.
- 'L'unité visible', 62, XVI (1962) 150-60.
- 'Intercommunion', 66, XVII (1963) 199-213.
- 'Un acte oecuménique du Concile: le vote de la Constitution dogmatique sur la révélation', 76, XIX (1965) 6-10.
- 'La théologie catholique après Vatican II', 80, XX (1966) 67-71.

- 'Liturgie et actualité', 80, XX (1966) 17-27.
- 'L'organisation du ministère l'Eglise primitive selon saint Ignace d'Antioche', 81, XXI (1967) 26-38.
- 'Le canon romain', 85, XXII (1968) 64-89.
- 'La théologie des nouvelles prières eucharistiques', 87, XXII (1968) 17-43.

b) *En otras revistas y otros lugares*

- 'Les grandes orientations actuelles de la spiritualité protestante', *Irenikon* XXII (1949) 368-94.
- 'Impressioni della Chiesa', *Simbolo* XXIII (Asis 1953-67).
- 'L'ecclesiologia nel Concilio Vaticano II', *Humanitas* XIX (1964) 149-62.
- Comentario* al documento del Episcopado francés: 'Il est grand le mystère de la foi', *Catechesi* 3 (1971).
- 'Le speranze ecumeniche oggi', *Asprenas* XXII (1975) 20-33.
- 'Maria a servizio dell'unità', en AA.VV., *Teologia, Liturgia, Storia*. Miscellanea in onore di C. Manziana, Obispo de Crema (Brescia 1977).
- Il senso teologico e la spiritualità dell'amore nel matrimonio', en *Congresso internazionale C.I.S.F.* (Milán, junio de 1978).
- 'Taizé, una esperienza di vita comunitaria', en *Vita comunitaria* (Milán 1979).
- 'L'oecuménisme obligé de la Réforme', *Revue Théologique de Louvain*, 3 (1979).
- Entrevista* de V. Messori en *Jesús* 3, I (1979).
- 'La figure, la doctrine et la louange de Marie dans le dialogue oecuménique', *Evangile et mission* (1982) 601-5.
- 'Maria, serva dell'unità', en *Edizioni di Storia e Letteratura* (Roma 1983).
- 'Wie steht mit der Ökumene?', *Ökumenische Rundschau* 4 (1983) 399-418.
- 'Le ministère et l'ecclesiologie selon le document «Baptême-Eucharistie-Ministère»', *Positions Luthériennes* 4 (1983) 269-87.
- 'L'eucharistia nella vita sacerdotale', *Attualità Pastorale Trento* 37 (1984).
- 'Die eucharistische Liturgie von Lima', *Liturgisches Jahrbuch* 1 (1984).
- 'Le sens de l'épiscopat dans le document oecuménique de Lima' (BEM), *Paroisse de Sainte Thérèse* (Ginebra, marzo de 1984).

- 'La foi de toutes les Églises. L'événement d'un document comun', *Études* (enero 1985) 105-22.
- 'Battesimo, eucaristia, ministero', I-II-III *La Rivista del Clero* (diciembre-febrero 1985).
- 'Max Thurian nel cuore della Chiesa cattolica da sempre'. Entrevista de Angelo Montonati, *Jesus* 10, II (1988) 52-58.

3. OBRAS INSPIRADAS Y ELABORADAS POR MAX THURIAN (NO FIRMADAS)

- La louange des jours* (El Oficio de Taizé) (Les Presses de Taizé 1961; 6ª ed. revisada 1971).
- L'Eucharistie à Taizé* (Les Presses de Taizé 1957, 1971).

4. TESIS DOCTORALES SOBRE LA OBRA DE MAX THURIAN

- Cuminetti, M., *Elementi «cattolici» nella dottrina del ministero di alcuni teologi calvinisti contemporanei: J. J. Von Allmen, J. L. Leuba, R. Paquier, M. Thurian* (Libreria editrice dell'Università Gregoriana, Roma 1965).
- Davis, E., F.S.C., *The ecumenical ecclesiology of Max Thurian, brother of the community of Taizé: A catholic appraisal* (Washington D.C. 1970).
- Fox, H., *Die Theologie Max Thurians* (Trierer Theologische Studien, Paulinus Verlag, Trier 1971).
- Guido, M., *L'Eucaristia di Taizé, tappa concreta nel dialogo ecumenico* (Pontificia Università San Tommaso d'Aquino in Roma, Sec. Ecumenico-Patristica-Greco-Bizantina [S. Nicola], Bari 1971).
- Jorge, I., Castaño, C., C.M.F., *El problema de la mediación mariana en el diálogo ecuménico actual (G. Miegge-Max Thurian)*. Disertación doctoral en la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino (Roma 1967).
- Tylenda S.J., N., *A study in the eucharistic theologies of John Calvin, Reformer of Geneva, and of Max Thurian, Monk of Taizé* (Pontificia Università Gregoriana, Roma 1964).
- Pacelli, D., *Max Thurian, una biografia teologica* (D'Auria, Nápoles 1983).

ADDENDUM

Aunque la bibliografía aquí ofrecida, fundamentalmente inspirada en la que es ofrecida por la obra de Diana Pacelli, *Max*

Thurian. Una biografía teológica (Nápoles 1983), ha sido revisada por el propio Max Thurian, añadiendo algunas referencias bibliográficas más, quedan aún reseñas no incluidas. He aquí las que hemos podido encontrar:

1. EN VERBUM CARO

'Vers l'unité', II (1948) 74-77.

'La communauté de Cluny', II (1948) 108-124.

2. EN OTROS LUGARES

'L'eucharistie, sacrement de l'unité', *Catholicité* (enero 1946) 30-33.

'Position de l'oecuménisme', *Catholicité* (julio 1947) 17-27, 41.

'Marie dans la Bible et dans l'église', en: *Dialogue sur la Vierge* (Lyon 1950) 107-130.

'L'église romaine et l'oecuménisme', en: *Unité chrétienne et tolérance religieuse* (Paris 1950) 183-210.

'L'antropologie réformée', *Irenikon* 25 (1952) 20-52.

'La communauté de Taizé et le problème de l'unité', *Documentation Catholique* 58 (1961) 99-110.

'La présence réelle', en: *Catholiques et protestantes* (Ed. du Seuil, Paris 1963; ed. orig. en inglés: *Christianity divided* (Nueva York 1961)). 193-210.

'Jésus est le Seigneur', *Vie Spirituelle* 110 (1964) 377-386.

'La confesión en las Iglesias evangélicas', *Concilium* 24 (1967) 28-35.

'La vie religieuse à Taizé. Notes prises au cours d'un dialogue avec Fr. Max Thurian, de Taizé', *Vie Consacrée* 39 (1967) 227-233.

'La Eucaristia construye la unidad de los cristianos', *Ecclesiastica Xaveriana* 18 (1968) 223-238.

3. MAX THURIAN ES EDITOR ADEMÁS DE LAS SIGUIENTES OBRAS

Ecumenical Perspectives on Baptism, Eucharist and Ministry (Faith and Order Paper 106; WCC, Ginebra 1983).

Baptism and Eucharist. Ecumenical Convergence in Celebration (Faith and Paper 117; WCC, Ginebra y Wm. B. Eerdmans, Grand Rapids 1983). Ed. junto con G. Wainwright.

Churches respond to BEM. Official responses to the «Baptism, Eucharist and Ministry» Text (Faith and Order Paper; WCC, Ginebra 1987 a 1988) 6 vols.

III

MONJE Y TEOLOGO PARA LA UNIDAD DE LA IGLESIA

«Laudatio academica» del Hermano Max Thurian por el Profesor Doctor Don Adolfo González Montes

Rvdmo. Sr. Obispo de Ciudad Rodrigo, Representante de la Conferencia Episcopal Española
Magnífico Sr. Rector
Ilmo. Sr. Vicerrector de la Univ. de Salamanca
Excmas. Autoridades
Ilmo. Claustro de Profesores
Estudiantes
Señoras y Señores

A comienzos del presente año, el día 26 de enero, el Claustro Universitario aprobaba la candidatura del Hno. Max Thurian, monje y teólogo de la comunidad ecuménica de Taizé, para la investidura como doctor *honoris causa* en Teología por esta Pontificia Universidad de Salamanca. Lo hacía a propuesta de la Facultad de Teología, que de esta forma quiere honrar la personalidad cristiana e intelectual del pensador y hombre de fe que es el Dr. Max Thurian.

Es este un empeño justificadísimo, justo ahora cuando este Estudio Pontificio se aproxima a sus cincuenta años de existencia, tal como me cumple a mí exponer ante Ustedes. Una tarea que he asumido con la convicción de que cuento con la anuencia de cuantos me escuchan, convencidos por su parte de cuánto honra el Colegio de Doctores de esta Universidad contar también con la presencia en él del candidato que apadrino.

La Facultad de Teología estaba deseosa de que se hiciera realidad la concesión del grado de doctor *honoris causa* a un teólogo europeo cuya obra teológica acreditará, ante la comunidad de la Iglesia y la sociedad, el significado de este carisma y función en la vida de la Iglesia. Mas no sólo, parecía además preciso que la personalidad del elegido encarnara asimismo aquella sensibilidad religiosa que se hizo patente ante el mundo con la cele-

bración del II Concilio del Vaticano veinte años atrás. De entre los diversos nombres propuestos al Consejo de la Facultad, el nombre del teólogo de Taizé superó la mayoría requerida para proceder a la defensa del mismo ante el Claustro Universitario. Esta Universidad Pontificia se felicita hoy de la elección y celebra la decisión del Consejo con razón sobrada y general contento.

No podía ser de otra manera, porque la figura eminente del Hno. Max Thurian concita las cualidades de un hombre religioso singular, intérprete sensible a nuestro tiempo de la necesidad de Dios que siente el hombre de todas las épocas; al mismo tiempo que las cualidades específicas de un teólogo cristiano verdaderamente acreditado por su obra, que con justicia ocupa en la Iglesia la cátedra de un magisterio que él desempeña con la lucidez propia de la fe en búsqueda de la inteligencia.

1. UN MONJE PARA UN CRISTIANISMO RENOVADO

Es ésta la referencia primera y del todo obligada por la cual debo comenzar esta *laudatio academica*, pues sin la vocación al monacato de Max Thurian no se hubiera orientado probablemente su producción científica hacia la recuperación de la tradición teológica y de fe de la Iglesia indivisa. Diré, por tanto, que el suyo es uno de los casos más fehacientes en que se muestra con claridad, ante los ojos listos para la trascendencia y la gracia, que la religión presta a las empresas del conocimiento humano un firme impulso y sustento.

Misión de la inteligencia es indagar la tradición religiosa de la historia humana con aquella curiosidad esperanzada de quien está seguro de poder recibir del pasado alguna luz, decisiva para la vida, de la experiencia de sentido que el hombre ha podido ya hacer en la historia, capaz de iluminar la meta de la historia misma, en cuya andadura estamos.

Pero, ¿se podrá indagar la tradición religiosa de la humanidad sin haberse adentrado por los senderos de la fe? Se me permitirá decir que fue pasión de Dios, *pathos* religioso neto, lo que llevó a Max Thurian hasta una de las aventuras más bellamente significantes para el hombre de nuestro tiempo. Fue ésta la voluntad firme de plantar

una tienda para la contemplación del misterio divino sobre una colina de Borgoña, entre los restos de Cluny, de un pasado glorioso para la fe cristiana y la cultura occidental, creación del monacato de San Benito; y Claraval, origen de una disciplina para del espíritu, con la cual San Bernardo quiso renovar la obra del monje de Montecasino y adentrar el alma en el itinerario de la mente hacia Dios.

¿Qué tiene de extraordinario algo así? ¿Es posible el monacato como vocación feliz y humanizadora al tiempo que empeño cristiano? Max Thurian era aún estudiante de Teología, de confesionalidad reformada, cuando decidió asumir los votos monásticos como forma de vida y ejercicio de fe. Con ellos se abría ante él un camino de reflexión cristiana, entonces sólo sospechado. Y es aquí donde acontece lo extraordinario: la mística del seguimiento en los consejos evangélicos vuelve a la Reforma, después de siglos de haber sido vedada a sus fieles por el espíritu purificador de la fe y de la doctrina que la alentó en sus mismos orígenes.

Estamos ante una de las opciones de mayor alcance renovador y ecuménico del cristianismo actual, inspirador del rejuvenecimiento de la fe en Europa y más allá de ella, al caldear con su fuego miles de corazones jóvenes en las últimas décadas. Jóvenes de todas las latitudes se han dado cita por millares, en efecto, en la colina borgoñona de Taizé para acampar al costado de su comunidad de monjes. Décadas de esperanza y de sufrimiento que se han alternado al ritmo de la reciente historia del mundo; años de sueños y realidades desde que el hombre de Dios y de piedad, el prior Roger Schutz, creara con el aliento y colaboración de su asistente o subprior, Max Thurian, en enero de 1942, la empresa religiosa de Taizé. Una empresa cuyo significado religioso y ecuménico hoy se agiganta más y más ante nosotros, por su valor profético y su protagonismo en el diálogo entre el Protestantismo y la Iglesia Católica, desde una intencionada apertura a la luz que nos viene del Oriente.

Si Roger Schutz representa la figura carismática de la comunidad, Max Thurian encarna la mente privilegiada, que ha acompañado con la reflexión teológica la trayectoria de Taizé, entregado a la investigación de la tradición cristiana.

2. UN TEOLOGO INSPIRADO POR LA LITURGIA

He querido mencionar ante Uds. este trasfondo biográfico espiritual del Hno. Max Thurian, para hacer valer ahora el sentido e indole teológica de su obra, merecedora de todo reconocimiento. Pues si el Dr. Max Thurian se ha hecho acreedor de él merced a la obra que jalona esa su biografía, la inspiración que la alienta emerge de las aguas espirituales que la fecundan.

Dos han sido los focos que han polarizado la producción teológica del monje de Taizé. De una parte, Max Thurian se ha consagrado a la reconstrucción y sistematización de aquellos elementos de la tradición teológica de la Iglesia indivisa que se han prolongado en las Iglesias históricas deudoras del catolicismo antiguo. De otra, el teólogo ha empeñado alma y vida en la obra de reconciliación de las Iglesias cristianas, de modo que buena parte de su obra escrita es el resultado de su condición probada de ecumenista nato.

Todos sus escritos, empero, están concebidos al servicio de un único proyecto: la fidelidad de las Iglesias a su Señor y el retorno a la unidad primera. Unos y otros escritos están inspirados por el aliento ecuménico de su trayectoria biográfica espiritual, capaz de inspirar un método teológico que hoy es ya referencia universal en el campo de la teoría y práctica del ecumenismo.

A los escritos del primer género se debe la obra de recuperación de la *naturaleza y estructura sacramental de la Iglesia*, que Max Thurian cree se ha prolongado en muy alto grado en las Iglesias de la Reforma. Mérito suyo es haberlo mostrado así mediante la investigación del *septenario sacramental* y, muy en particular de los tres sacramentos que han sido objeto del mayor esfuerzo teológico ecuménico por parte de la Comisión de Fe y Constitución del Consejo Ecuménico de las Iglesias, en diálogo con la Iglesia Católica: Bautismo, Eucaristía y Ministerio.

Como Consultor del Consejo Ecuménico, en la Comisión de Fe y Constitución, Max Thurian viene trabajando desde 1967, fecha de la célebre Comisión de Bristol, constituida al efecto para el estudio teológico de la triada sacramental mencionada. A Max Thurian cabe el mérito, compartido con algunos teólogos más, bien conocidos, de haber elabora-

do una teología de la Eucaristía que tiene como punto de partida la concepción bíblica del *memorial*. Gracias a ella la Reforma ha podido recuperar el significado *sacrificial* de la Misa, lo cual hace al Dr. Thurian merecedor de alto asentimiento a su obra. Hoy ocupa por ello un lugar propio en la historia de la teología contemporánea, al lado de nombres como W. Elert, G. Wingren, R. Prenter y Persson, entre los luteranos; de O. Cullman, F.-J. Leenhardt y J.-J. von Allmen, entre los calvinistas; siguiendo la trayectoria de investigaciones como las de Hicks y G. Dix, entre los anglicanos y la del luterano sueco Brilioth. Sus libros sobre la Sagrada Eucaristía son así un lugar de encuentro entre la fe católica y el espíritu teológico de la Reforma.

Quienes fuimos educados en el realismo sacramental católico de la tradición posterior a Trento, agradeceremos siempre la reflexión teológica de quienes como Max Thurian nos han ayudado a *centrar* la verdad de la doctrina fielmente custodiada por la Iglesia, iluminando nuestra fe con un instrumental conceptual verdaderamente valioso y traducción feliz de la Sagrada Escritura. Así, después de leer su libro *La Eucaristía* de 1959, hemos vuelto sobre la reflexión de Max Thurian de 1972, *Una sola Eucaristía*, y el magnífico volumen de 1981, dispuesto para el Congreso eucarístico de Lourdes, *El misterio de la Eucaristía*.

Esta ocupación con los sacramentos ha sido en él sincera voluntad de fidelidad también a una máxima que ha regido metodológicamente su teologizar: *lex orandi est lex credendi*. En ella ha visto consagrado el proceder creyente de toda posible *intelligentia fidei*. La misma que le inspiró su *Introducción a vida litúrgica*, primera obra salida de su pluma, intitulada en su original francés *Joie du ciel sur la terre*, de 1946. Por entender de modo tal su propia empresa, a Max Thurian correspondió desde el inicio de Taizé fijar la alabanza de las horas que habría de dar ritmo a la plegaria de la comunidad. Toda su teología emerge de la oración litúrgica de la Iglesia. Su traducción del Canon Romano en los años cuarenta responde a la decisión de Taizé de hacer de la liturgia monástica de la comunidad la confluencia obligada por la fe de la vida contemplativa.

3. ECUMENISTA Y MARIOLOGO

Diversos son los escritos del segundo género, muchos de ellos elaborados y prolongados en numerosas intervenciones públicas, de no menos de 50 ensayos repartidos entre la revista *Verbum Caro* y otras publicaciones. La revista mencionada surgió para sustituir al órgano anterior del estudiantado cristiano suizo de lengua francesa en 1947, y de su consejo de redacción formó parte Max Thurian desde 1948. Después, en 1957 la revista pasaría a convertirse en el órgano de expresión de la comunidad de Taizé hasta 1970.

La personalidad ecuménica de Max Thurian se acrecienta pronto, pues Juan XXIII le invita junto a su prior Schutz al Concilio como observador. Abierto de forma irreversible a la teología católica, Max Thurian comenta la *Dei Verbum*, la constitución de evidente interés ecuménico dedicada a la Revelación divina; y desde ella se aproxima a la eclesiología conciliar con decisión. Pasada la primera década de postconcilio daría a la luz su obra *Tradicón y renovación en el Espiritu* (1977), en la cual avanzaba sobre el camino abierto por el Concilio y la Asamblea de Fe y Constitución de Montreal (1963).

Indagador de la fuerza renovadora de la tradición, Max Thurian no podía ni quería soslayar el problema ecuménico del *ministerio eclesiástico*, y en 1970 conocíamos su libro *Sacerdocio y ministerio, Investigación ecuménica*. Afrontaba una espinosa cuestión de la ya superada teología de controversia, adentrándose por el camino fructífero de la reflexión sobre la mediación de la salvación en la Iglesia. No podía soslayar la dificultad de la eclesiología católica planteada por la intelección sacramental del sacerdocio de los ministros. Max Thurian afirma la participación de este sacerdocio del único ministerio sacerdotal de Cristo. Con ello había tocado con clara voluntad de diálogo uno de los núcleos teológicos de la Reforma, saliendo al encuentro de la tradición católica. ¿Acaso podía estar contra el sacerdocio único de Jesucristo su presencia sacramental en el ministerio de los pastores?

Esta incorporación de los elementos humanos a la obra redentora del Mediador único fue la que dirigió su obra consagrada a la Santísima Virgen, como él mismo

ha reconocido en diversas ocasiones, asegurando que entró en la eclesiología a través de la mariología. El camino recorrido tiene ya una larga andadura, pues su obra *Maria, Madre del Señor, figura de la Iglesia* data de 1962. Con ella ha logrado devolver al icono bendito de Santa María Virgen los trazos significantes que dan forma teológica, como en un espejo, al misterio de la Iglesia en la misma medida que diseñan la figura, definida y atrayente de hermosura, de la sierva de Dios y discípula del Evangelio. Aquella que Dios colocó a los ojos de los fieles como paradigma de perfección consumada para gloria suya y estímulo alentador de peregrinos. ¿Cómo no mencionarlo justamente en esta ocasión de homenaje al teólogo de Taizé, cuando tenemos a un tiro de piedra la apertura del Año Mariano, promulgado por Su Santidad Juan Pablo II?

4. PETICION DE INGRESO EN EL NUMERO DE DOCTORES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA

Los méritos, Señoras y Señores, que concurren en mi apadrinado, por otra parte extraordinario escrutador del clima espiritual de nuestra época, avalan, pues, lo justificado del honor que para él solicito. Un honor, por lo demás, que hemos de compartir los Doctores de este Estudio, con la convicción de muchos, de tiempo atrás, de que la presencia de Max Thurian entre nosotros hoy constituye un momento más, privilegiado ciertamente, de otros muy intensos que vivimos ya cuantos, desde Salamanca, hemos mirado tantas veces hacia la colina de Borgoña.

Desde los años sesenta los estudiantes y un buen número de maestros establecimos relación con Taizé, en aquel inolvidable clima del Concilio y bajo la pasión del ecumenismo, como vía de renovación de la Iglesia. Desde entonces Taizé no ha desvanecido en su empresa; y en su empeño constante, en el camino religioso y ecuménico recorrido, nunca faltó la reflexión y el pensamiento del teólogo de la comunidad monástica: el magisterio del Hno. Max Thurian. Hoy este magisterio se ha universalizado traspasando las fronteras de Borgoña y recibe nuestra aprobación y enhorabuena, y con ellas nuestro agradecimiento.

En nombre de la Facultad de Teología y del Claustro que representa plenamente a esta Universidad Pontificia,

me cabe el honor de apadrinar la incorporación del Dr. Max Thurian al Colegio de Doctores que se han graduado en ella o enseñan en sus aulas. Estoy seguro de que mis palabras encontrarán en Ustedes, Señoras y Señores, sobrada aprobación; y seguro también de que el calor con que puedan ser ratificadas encontrará en el aplauso de este Aula Magna expresión reconocida.

Salamanca, a 22 de mayo de 1987.

En el Aula Magna de la Universidad Pontificia.

IV

HACIA UNA ECLESIOLOGIA ECUMENICA

**Discurso de investidura como «Doctor honoris causa»
por la Universidad Pontificia de Salamanca
del Hermano Max Thurian**

Reverendísimo Señor Obispo de Ciudad Rodrigo
Magnífico Señor Rector
Decanos y Autoridades
Ilustrísimos Profesores
Estudiantes y amigos todos

Es para mí un honor aceptar la investidura doctoral por esta Universidad Pontificia de Salamanca, Universidad del Episcopado Español. Me embarga el gozo de hallarme entre Ustedes; la alegría propia de quien se sabe agregado a la larga lista, histórica, de Doctores salmantinos. Quisiera saber expresar cuanto lo agradezco y qué valor tiene para mí.

Con estos sentimientos, Señoras y Señores, quisiera también dar curso a unas reflexiones en voz alta, que puedan corresponder a la generosa *laudatio* que acabamos de escuchar, y que agrega motivo sobre motivo a mi obligada gratitud para con esta Universidad Pontificia.

Algunos ecumenistas cansados quisieran que se renuncie hoy a la búsqueda de la unidad visible en la fe fundamental común. Los esfuerzos de los últimos decenios les parecen haber probado que la búsqueda de un con-

senso en la doctrina es imposible, dada la tenacidad de las «diferencias fundamentales». Habría que conformarse con una «diversidad reconciliada».

Ahora bien, los trabajos de la Comisión Fe y Constitución (Consejo Ecu­ménico de las Iglesias) han mostrado estos últimos años que el diálogo entre Iglesias podía conducir a descubrir convergencias reales, en particular en lo relativo a los sacramentos del bautismo y la Eucaristía. Parece ser que el problema más importante que se le va a plantear de ahora en adelante al diálogo ecuménico es el de la eclesiología.

Una lectura atenta del Documento del Consejo Ecu­ménico (Fe y Constitución) sobre «Bautismo, Eucaristía, Ministerio» (= BEM) propuesto a las Iglesias con vistas a un consenso, pone en evidencia toda una cosecha de elementos claros y convergentes de una eclesiología bíblica ecuménica. Se puede proceder a un análisis de texto que destaque los puntos importantes de la eclesiología implícita de BEM. Podemos reconocer en éste la concepción de la Iglesia, de su naturaleza y de su función, tal como resulta de la Escritura, autoridad normativa, y tal como ha sido vivida en la gran Tradición de los Padres, experiencia edificadora.

1. LA IGLESIA, PUEBLO REUNIDO POR EL PADRE

La Iglesia es esencialmente una comunidad de hombres y de mujeres de todas las edades, de todas las razas y de todas las condiciones que creen en Jesucristo como el Hijo de Dios Padre, encarnado y enviado al mundo con el poder del Espíritu Santo. Hombres que han sido bautizados en Cristo para el perdón de los pecados, desean perseverar en una vida alimentada por la Palabra de Dios y los Sacramentos, y han sido consagrados por el Espíritu para dar testimonio y servir al Evangelio, en la comunión de la caridad.

Esta comunidad de la Nueva Alianza entre Dios y su pueblo se realiza plenamente cuando se reúne por la Palabra y los Sacramentos en obediencia a la fe apostólica. Esta comunidad de la Iglesia es local y universal. La Iglesia consiste en la comunión de las iglesias locales.

La Iglesia es una proclamación y prefiguración del

Reino de Dios, por el anuncio del Evangelio en el mundo y su vida misma como comunión en el amor; aporta al mundo un anticipo del gozo y de la gloria del Reino. Recibe este anticipo del Reino, la vida de la nueva creación y la seguridad del regreso del Señor por el Espíritu Santo en la Eucaristía, Está llamada a presentar al mundo de una nueva humanidad. La Iglesia puede ser descrita como un sacerdocio al servicio de toda la humanidad mediante el anuncio del Evangelio, la oración de intercesión y el servicio.

2. LA IGLESIA, CUERPO ESTRUCTURADO POR EL HIJO

La Iglesia es el cuerpo de Cristo, en el que aquéllos que siguen al Señor son unidos, liberados y regenerados. Cristo es la fuente o el fundamento de la vida, de la misión y de la unidad de la Iglesia. Cristo reúne, enseña y alimenta a la Iglesia. Cristo cumple de múltiples formas su promesa de estar con los suyos para siempre hasta el fin del mundo, pero el modo de presencia del cuerpo de Cristo en la Eucaristía es único.

Los apóstoles, testigos de la vida y la resurrección de Cristo y enviados por El, se encuentran en el origen de la transmisión del Evangelio. Esta tradición apostólica vincula a la Iglesia, cuerpo de Cristo estructurado, con sus orígenes en Cristo y en el Colegio apostólico. Los apóstoles prefiguran a la Iglesia entera y a las personas encargadas de una autoridad y de una responsabilidad específica en la Iglesia. La Iglesia es una, santa, católica y apostólica; vive en continuidad con los apóstoles y su proclamación. La primera manifestación de la sucesión apostólica se encuentra en la tradición apostólica de la Iglesia entera. La transmisión regular del misterio ordenado es una poderosa expresión de la continuidad de la Iglesia. El Espíritu guarda a la Iglesia en la tradición apostólica. La Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares, la Iglesia de los santos y de los mártires, la Iglesia católica, se manifiesta en la iglesia local, especialmente en la celebración de la Eucaristía. El ministerio, y en particular, el ministerio episcopal pone en relación la Iglesia local con la Iglesia universal.

Cristo es quien confiere autoridad al ministerio orde-

nado, el Señor resucitado es el verdadero celebrante de la ordenación y quien concede el don del ministerio.

3. LA IGLESIA, COMUNION ANIMADA POR EL ESPIRITU A TRAVES DE LA PALABRA Y LOS SACRAMENTOS

La Iglesia es una comunión con Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo une en un solo cuerpo a quienes siguen a Jesucristo y los envía al mundo como testigos. El Espíritu mantiene a la Iglesia en la verdad y la dirige a pesar de la debilidad de sus miembros. El Espíritu Santo concede a la Iglesia dones diferentes y complementarios. La Iglesia es constituida por el Espíritu Santo mediante la diversidad de dones y ministerios.

La Iglesia está siendo continuamente edificada por la buena nueva del Evangelio y por el don de los sacramentos. La Palabra proclamada es anámnesis de Cristo. La celebración de la Eucaristía implica normalmente la proclamación de la Palabra. La proclamación y la enseñanza de la Palabra de Dios forma parte de la función específica del ministerio en la Iglesia, a través del cual se debe entender el Evangelio y construir la comunidad en el amor.

El bautismo es el sacramento mediante el cual los creyentes se incorporan al cuerpo de Cristo, reciben el Espíritu Santo y se unen a todos los cristianos, a la Iglesia de todos los tiempos y todos los lugares. La unidad bautismal realizada en la Iglesia una, santa católica y apostólica es un testimonio del amor de Dios que sana y reconcilia.

La Eucaristía, memorial y sacramento del sacrificio único de Cristo, es la acción de gracias y la intercesión que la Iglesia ofrece al Padre en unión con el Hijo, su Sumo Sacerdote e intercesor, siempre vivo para interceder a favor nuestro. Por la Eucaristía, sacrificio de alabanza, la Iglesia habla en nombre de toda la creación. La Eucaristía revela al mundo lo que éste debe llegar a ser: una ofrenda y una alabanza al Creador, una comunión universal en el cuerpo de Cristo, un reino de justicia, de amor y de paz en el Espíritu Santo. Mediante la Eucaristía, mediante la comunión en el Cuerpo y la Sangre de Cristo realmente presente, la Iglesia se desarrolla como cuerpo de Cristo.

Por consiguiente, la eclesiología de BEM, implícita y explicitada en algunos párrafos, se presenta arraigada en la Palabra de Dios, según una intención decidida de obedecer a la Sagrada Escritura como autoridad normativa; la eclesiología de BEM es netamente trinitaria; en definitiva es de carácter sacramental. La Iglesia, según BEM, es el pueblo reunido por el Padre, el nuevo pueblo de Dios, el cuerpo estructurado por el Hijo, el cuerpo de Cristo, la comunión de creyentes bautizados animada por el Espíritu Santo por medio de la Palabra y de los Sacramentos.

Está claro que la eclesiología presupuesta por BEM es una eclesiología sacramental. Esto quiere decir que la Iglesia es *signo* de la presencia de Dios e *instrumento* de su obra en el mundo; quiere decir también que la Iglesia es un *misterio* (*mysterion*) en el sentido bíblico, es decir, que manifiesta y esconde al mismo tiempo la realidad divina de la que es portadora. Es una manifestación de la presencia y de la obra del Dios Trino, pero de una forma escondida, como una realidad que sólo la fe puede discernir. Así, la Iglesia se presenta como una comunidad de seres humanos, como una sociedad, una institución, una organización..., pero detrás y más allá de sus formas humanas, la fe cristiana que cree y confiesa la Iglesia, reconoce el misterio de la presencia y de la acción de Dios, ocultas y manifestadas, invisibles y efectivas en la comunidad eclesial estructurada como una institución.

La Iglesia como misterio, signo e instrumento de la presencia y de la obra de Dios, forma parte de la revelación y de la fe; no es sólo la consecuencia humana y social del mensaje del Evangelio. La estructura de la Iglesia tiene sus fundamentos en la comunidad institucional apostólica surgida de la palabra de Cristo, no depende sólo de decisiones de la comunidad cristiana que vive en un contexto cultural, en un momento determinado de la historia. Los ministerios fundamentales fueron dados a la Iglesia apostólica primitiva para ser transmitidos en una sucesión fiel a la intención inicial de Cristo, no son sólo el fruto de la invención de la Iglesia según las circunstancias o las necesidades de un periodo de la historia. La unidad de la Iglesia es una reconciliación visible en la confesión unánime de la fe fundamental, en la celebración común

de los sacramentos y en el reconocimiento mutuo de los ministerios; no es sólo una coexistencia fraternal de los creyentes de concepciones divergentes, cuya dialéctica sería necesaria para la proclamación del Evangelio en su complejidad. Ciertamente, la unidad no es la uniformidad, sino la comunión en la pluralidad de las expresiones culturales e incluso teológicas. La Iglesia es pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y comunión del Espíritu; es reunida, estructurada y animada por Dios Trino antes de ser una comunidad de seres humanos que obedecen al Evangelio y buscan los medios de vivir, testimoniar y orar juntos.

4. UNA SOLA IGLESIA SANTA, CATOLICA Y APOSTOLICA

La eclesiología de BEM cita e ilustra las cuatro notas de la Iglesia afirmadas en el Símbolo de Nicea-Constantinopla. El estudio en curso de Fe y Constitución sobre «una explicación ecuménica de la fe apostólica expresada en el Credo de Nicea-Constantinopla (381)» aborda las notas de la Iglesia en el mismo sentido que BEM, pero de una forma más explícita.

En primer lugar se plantea el problema de la posición de las notas, en relación unas con otras: ¿están todas en el mismo plano, como deja entender la traducción latina: «Et unam sanctam catholicam et apostolicam Ecclesiam»? ¿Hay que acercar la unicidad de la Iglesia (*eis mian... ecclesian*) a la unicidad de Dios Padre (*eis ena Theon*) y la unicidad de Jesucristo (*eis ena kyrion Jesoun Christon*)? Algunos textos antiguos (Pseudoatanasio, Iglesia Armenia, Denzinger 46 y 48) utilizan dos adjetivos «mian monèn» y subrayan así el sentido: «Creemos en *una sola* Iglesia católica y apostólica». En el *Testamento de N.S.J.C.* así como en las *Constituciones de la Iglesia de Egipto*, las interrogaciones bautismales conocen sólo el adjetivo «santa» como si, al hablar de la Iglesia, debiera decirse habitualmente la santa Iglesia: «¿Crees en el Espíritu Santo... y en la santa Iglesia?». Parece, por consiguiente, que la unidad de la Iglesia debe entenderse en el sentido de la unicidad: la Iglesia es una, porque no hay más que una sola Iglesia, una única Iglesia para la fe. Por otra parte, sólo se puede hablar de la Iglesia nombrándola santa: «la santa Iglesia»

es una forma habitual del lenguaje cristiano. Esto no disminuye el valor de las notas de unicidad y de santidad, pero su situación es particular con respecto a las otras dos.

De este modo el texto en preparación sobre el Símbolo de Nicea-Constantinopla puede expresarse así: «Sólo existe una Iglesia santa, y ésta es católica y apostólica en cada lugar, por su fidelidad a Dios, su relación íntima con el Señor, Cabeza del cuerpo, y su comunión, en el Espíritu Santo con todas las iglesias locales de Dios, de todos los tiempos y todos los lugares» (49).

Sólo existe *una Iglesia*. Todos los bautizados son incorporados al cuerpo de Cristo por el bautismo del agua y del Espíritu, y entran por lo tanto, en esta Iglesia única. La unidad de todos los cristianos en la Iglesia una se manifiesta ya visiblemente por el reconocimiento:

- de una sola Escritura Santa, como autoridad soberana de la fe;
- de un solo bautismo en la fe en Dios Trino, bautismo de agua y de Espíritu;
- de las confesiones ecuménicas de la fe de la Iglesia antigua, Símbolos de Nicea-Constantinopla y de los Apóstoles;
- de la participación en una misma misión y de un único testimonio del pueblo de Dios en el mundo;
- de una misma oración común modelada por la única Oración dominical.

La unidad visible de los cristianos sólo podrá ser realizada en el reconocimiento mutuo de las celebraciones eucarísticas y de los ministerios que estructuran la Iglesia.

Esta unidad visible de las iglesias locales en la Iglesia universal no implica uniformidad. Es un vínculo orgánico de unidad entre todas las iglesias locales en la riqueza de sus diversidades culturales, lingüísticas, litúrgicas, teológicas, estructurales. Así todos los bautizados, que confiesan la fe común, pueden compartir los mismos sacramentos, especialmente la Eucaristía que es el signo de su unidad en el cuerpo de Cristo.

La única *santa Iglesia* es el templo del Espíritu Santo, que la santifica sin cesar, por la Palabra de Dios y los

sacramentos de la presencia y de la acción de Cristo en su cuerpo. La santidad de la Iglesia es el fruto de la fidelidad de Dios con respecto a su pueblo: el poder de la muerte no prevalecerá contra la Iglesia. Incluso en los períodos más sombríos de su historia, Cristo guarda a la Iglesia y mantiene en ella lo esencial de su ser, de su fe y de su misión, para la salvación de la humanidad. La Iglesia es santa porque sigue siendo santificada por la Palabra que proclama y los sacramentos que celebra. A pesar del pecado que subsiste en la Iglesia, compuesta por pecadores, se renueva sin cesar por la escucha de la Palabra de Dios, comulgando en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, recibiendo el perdón por el que el Espíritu Santo la justifica.

La única santa Iglesia es *católica*, pues conoce la gloria de Cristo, gloria que él tiene de su Padre como Hijo único lleno de gracia y de verdad; de su plenitud ella recibe todo, plenitud de gracia y de verdad. La catolicidad de la Iglesia es ante todo plenitud de gracia y de verdad que le viene de Jesucristo, de quien ella es el cuerpo, la presencia, la manifestación, el signo e instrumento en el mundo. Cada iglesia local manifiesta esta catolicidad en cuanto que está en comunión con las otras iglesias. El conjunto de las iglesias locales en comunión constituyen la Iglesia católica universal en el espacio y en el tiempo. En la Iglesia universal cada iglesia católica local encuentra su identidad. La catolicidad de la Iglesia que es plenitud de gracia y de verdad recibida de Cristo, es también plenitud de vida. La pluralidad de culturas, de lenguas, de liturgias, de teologías e incluso de estructuras eclesiales, forma parte de la catolicidad de la Iglesia, que es riqueza de vida inclusive. En esta plenitud de vida el ser humano entero y las condiciones humanas están comprometidos en el culto y en el servicio. La liturgia toma el ser humano entero y todas las formas de existencia de éste, para hacer de ellas una ofrenda plena de reconocimiento al Creador. De la misma manera la vida cristiana y el servicio a los otros arrastran a la persona entera y sus potencialidades a un movimiento de sacrificio, que es a la vez alabanza y olvido de sí. La vida litúrgica y cotidiana en la Iglesia católica es una vida de plenitud, fruto de la gracia y de la verdad.

La única santa Iglesia católica es *apostólica*, porque su confesión de fe en Cristo viene de los apóstoles, cuyo testimonio sobre la vida, la muerte y la resurrección de Jesús ha sido transmitido por la Sagrada Escritura. En esta continuidad de la fe apostólica garantizada por los escritos del Nuevo Testamento, la Iglesia reconoce y vive su identidad fundamental con la Iglesia de los Apóstoles de Cristo. La apostolicidad de la Iglesia se funda y se manifiesta además en su fidelidad a la Palabra de Dios, vivida y proclamada en la Tradición apostólica. Esta ha sido guiada por el Espíritu Santo a través de los siglos y está expresada en los Credos. La apostolicidad de la Iglesia se funda y se manifiesta igualmente en la celebración de los sacramentos instituidos por Cristo y en la continuidad de su ministerio al servicio de Dios ejercido en primer lugar por los apóstoles. Finalmente, la Iglesia es apostólica porque sigue el ejemplo de los apóstoles prosiguiendo su misión de proclamar el Evangelio, misión confirmada por la acción y el don del Espíritu Santo. En obediencia al mandato recibido de Cristo por los apóstoles, la Iglesia apostólica proclama la salvación de Dios ofrecida al mundo y hace discípulos de todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 29).

En esta búsqueda eclesiológica, las notas de la Iglesia o las calificaciones de la Iglesia adquieren un sentido a la vez renovado y antiguo. La Iglesia es la santa Iglesia que es única y que es católica y apostólica. Ustedes han observado evidentemente, que en toda esta exposición sobre las notas de la Iglesia, no he hecho alusión a la unidad universal de la Iglesia, que sería preservada, y quizá garantizada, por un ministerio especial. He hablado de la catolicidad de la Iglesia, de su unidad universal como una unidad de iglesias locales, siendo cada iglesia local católica, en particular en la celebración de la Eucaristía; ahora en el diálogo ecuménico se plantea la cuestión: ¿Es necesario un ministerio de salvaguarda para esta comunión de iglesias locales?

La Iglesia católica romana, en la tradición de la Iglesia en Occidente, afirma que este ministerio es sostenido por el Obispo de Roma. Creo que hoy día el diálogo ecuménico no puede escapar a este desafío planteado por la Iglesia

católica y por la tradición occidental de la Iglesia. Está claro que la unidad de las iglesias locales, cada una católica, sólo puede mantenerse bajo la vigilancia de un ministerio universal; pero aún estamos lejos de una aceptación mutua de esta realidad. Existen muchos aspectos que probablemente deben ser determinados, aspectos históricos, aspectos culturales, para que surja realmente este ministerio en toda su esencialidad, en todo su carácter fundamental; podemos decir que los últimos papas no han tenido ningún reparo en despojar este ministerio de todo lo que no le pertenece propiamente. Juan Pablo II es un ejemplo admirable de lo que puede ser el pastor de los pastores, el servidor de los servidores de Dios, el ministro de la unidad. Ilustra magníficamente el carácter apostólico de su tarea, en primer lugar porque tiene la preocupación por la unidad en la verdad, y después porque tiene la preocupación por la catolicidad de la Iglesia que lleva consigo las otras tradiciones cristianas. El papa Juan Pablo II es el papa más ecuménico que ha existido nunca. Finalmente, es un papa apostólico en el sentido de que recorre el mundo para anunciar la Palabra de Dios y unir a los cristianos.

Termino ya; permítanme reiterar efusivamente las gracias al Claustro de Doctores de esta Pontificia Universidad, que hoy ha querido agregarme a su número, honrándome con tan estimable honor. Ello me vincula a la historia de Salamanca, que es tanto como decir a la historia mejor de la teología católica y al servicio al Evangelio de Cristo. Doy las gracias a todos los miembros de este Claustro, pero en especial a sus teólogos, al Ilmo. Sr. Decano, Don Gabriel Pérez y al Prof. González Montes, que ha cumplido la función de apadrinar mi doctorado con tan elogiosa *laudatio academica* en favor de mi obra teológica. Sus palabras, que avalan este acto académico, me permiten entender que el esfuerzo ecuménico que ha orientado mi vida ha sido rebasado por la acogida y el amor que, en correspondencia, se le brinda hoy a mi persona. Muchas gracias.